



## ROSTROS CAÑÍ CON UN CURRÍCULUM DE 10

Desde muy temprano demostraron que ser gitano no es un obstáculo para hacer carrera en el mundo profesional. Diego Fernández (primero por la izquierda) es abogado y director del Instituto de la

Cultura Gitana. Ha sido profesor de posgrado en la Ramón Llull y ponente en seminarios de diversos campus. Juan de Dios Ramírez Heredia (segundo por la izda.) fue el primer doctor honoris causa de

esta etnia, primer diputado gitano, abogado y doctor en Ciencias de la Información. José Heredia Maya (tercero por la izda.), falleció el año pasado con el honor de ser el primer catedrático gitano

de España, mientras que Pilar Heredia ha sido la primera mujer gitana que participa en la política de nuestro país. Joaquín Albaicín, por último, es un reconocido escritor, conferenciante y cronista.

# GITANOS EN EL AULA

## Sólo el 1% tiene carrera y ahora piden un cupo de plazas en el campus

### ISABEL AGUILAR

En su iPod lleva a los grandes del cante jerezano; su padre es vendedor en los mercadillos y no le hace gracia que salga por las noches y el 90% de sus primas de su edad ya están casadas. Amalia Martínez es gitana, pero eso no le ha impedido llegar hasta quinto de Derecho a sus 22 años. Un logro normal en el mundo de los payos, pero una auténtica rareza dentro de su etnia.

Esta chica madrileña forma parte del escaso 1% de gitanos que concluye una carrera en España, unas cifras que dan clara ventaja a las mujeres, puesto que ocho de cada 10 de estos estudiantes son féminas, según datos de la Fundación Secretariado Gitano.

Recientemente, han alzado su voz en el I Congreso Internacional de Mujeres Gitanas para pedir que se les reserve un cupo de plazas en la Universidad, una petición que «responde a una marginalidad histórica, pero que hay que explicar muy bien para que no surjan críticas contra la discriminación positiva», como explica el director del Instituto de la Cultura Gitana, Diego Fernández. «Soy partidario de las cuotas porque ayudan a lograr la igualdad; con la mujer han dado muy buen resultado», afirma.

Aunque es la pequeña de cuatro hermanas, Amalia ha sido la primera de su casa que va a la universidad. «A mi padre le costó asumir que seguiría estudiando cuando pasé a Bachillerato. No se negó, sólo se quedó callado, pero cuando empecé la carrera no puso pega ninguna», narra.

Sus primas, sin embargo, le preguntaban que para qué estudiar. «Me decían que qué pasaría si luego me caso y a mi marido no le gusta que trabaje, como le pasa a algunos gitanos». Por el momento, sigue soltera y sin compromiso, consciente de que tal vez su novio no pertenezca al entorno al que su familia está acostumbrada. «Es más probable que dé con un payo, porque me relaciono más con ellos, pero en ningún caso cierro las puertas a un gitano», reconoce.

Esta estudiante de la Universidad Complutense de Madrid sabe que con su estilo de vida rompe un molde centenario que ha mantenido a su pueblo apartado de las aulas. A punto de concluir su carrera, fija su objetivo en un futuro trepidante en el Centro Nacional de Inteligencia previniendo atentados. «Mi padre me anima a que estudie oposiciones o haga prácticas en un despacho de abogados», asegura.

En ocasiones confiesa que está a punto de tirar la toalla, sobre todo en época de exámenes. «A veces pienso: Con lo fácil que sería ser ama de casa, pero en realidad sé que estudiar es lo mejor que me ha pasado y que Dios ha tenido mucho

que ver en esto», revela desde su profunda convicción religiosa.

En clase, Amalia es una más. Tiene amigas pijas, alternativas y modernas y nadie la juzga por ser gitana. «Es normal que me pregunten cosas con curiosidad, como lo de la prueba de la virginidad que se hace en las bodas gitanas. Aunque desde fuera puede que no se entienda, me parece una costumbre muy bonita. Hay gente que piensa que los gitanos son machistas, pero en verdad son muy protectores con las mujeres», asevera.

### ¿DISCRIMINACIÓN?

El camino de los gitanos a la educación superior no es todo lo fácil que quisieran. A pesar de que muchos aseguran que son tratados como los payos, no es raro encontrar pinceladas de discriminación en su entorno universitario. «A veces hay

comentarios y ejemplos, incluso en clase, que vuelven a los estereotipos de siempre», señala María Filigrana, una sevillana que estudia un máster en la Universidad Pablo de Olavide. Ella y su hermana han sido las primeras de su familia en tener una carrera, una falta de referentes que también han encontrado en la Facultad. «Echas en falta personas con las que identificarte en el campus», apunta.

Soraya Giménez, a sus 29 años, acaba de empezar Derecho y Administración y Dirección de Empresas en la Autónoma de Madrid, carrera que compagina con su trabajo en el Instituto de Cultura Gitana. «Me viene de Zaragoza hace dos años, pero he tenido uno de adaptación porque allí iba hasta a comprar el pan con todas mis primas y ahora vivo sola en Chueca, con lo que he necesitado mi tiempo». Asegura que nunca la han señalado por ser gitana, pero sí que encuentra clichés que han llegado intactos al siglo XXI. «Parece que la gente lo lleva en el ADN; que no puede evitar decir expresiones como: *Mira qué pintas, parecés una gitana*, pero lo mejor es tomárselo de buen rollo y no enfadarse», asevera.

Para el director del Instituto de la Cultura Gitana, Diego Fernández, el predominio de la mujer calé en el aula se resume en «su fortaleza y en que demuestran mayor ilusión y capacidad en sus proyectos», explica. A su juicio, aún queda mucho por andar. «Estamos en el camino, pero todavía seguimos lejos de la meta», subraya.

Amalia Martínez es una gitana de 22 años que está a punto de terminar Derecho en la Complutense de Madrid.

